

Polarización afectiva, partidismo negativo y brecha perceptiva.

Una aproximación teórica

Affective polarization, negative partisanship and perceptual gap.

A theoretical approach



Ismael Crespo Martínez
Catedrático de Ciencia Política,
Universidad de Murcia.
icrespo@um.es



Antonio Garrido Rubia
Profesor Titular de Ciencia Política,
Universidad de Murcia.
agarrido@um.es



M. Antonia Martínez Rodríguez
Catedrática de Ciencia Política,
Universidad de Murcia.
antoniam@um.es



Alberto Mora Rodríguez
Profesor de Ciencia Política,
Universidad de Murcia.
alberto.mora@um.es

Resumen

En las sociedades contemporáneas se está produciendo un creciente desarrollo de los sentimientos de animadversión y polarización entre grupos contrarios, generándose brechas que no solo tienen repercusión en el ámbito social, sino que sus consecuencias son relevantes para el desarrollo normal de la actividad política e institucional de las sociedades, y en definitiva para la calidad democrática de las mismas. En este trabajo se avanza en la conceptualización del término «polarización» ya que, habida cuenta de su reciente uso, son varias las interpretaciones, así como las alternativas a su forma de medición y abordaje metodológico.

Palabras clave

Polarización; brecha; confianza; democracia.

Abstract

In contemporary societies there is a development of feelings of animosity and polarization between opposing groups. Gaps are being created that not only have repercussions in the social sphere. It also has relevant consequences for the normal development of the political and institutional activity of societies and for democratic quality. This article advances in the conceptualization of the term «polarization», as well as the alternatives to its form of measurement and methodological approach.

Keywords

Polarization; gap; trust; democracy.

Uno de los elementos más destacados de la transición política española fue la negociación entre las élites. Esta característica fue una de las que provocó que el proceso de cambio se convirtiera en modelo para otros países a nivel internacional. Frente a las opciones que defendían un camino hacia la democracia a través de la ruptura, el modelo que finalmente se siguió fue el de reforma pactada. El consenso que inspiró ese proceso influyó en la forma de hacer política en las siguientes décadas. El acuerdo era posible incluso en momentos en los que el debate era especialmente intenso. Estos últimos años han implicado, sin embargo, el abandono de esa tradición. Simultáneamente, la confianza y opinión de los españoles sobre la mayoría de las instituciones de la democracia se ha visto deteriorada, de acuerdo con la mayoría de los indicadores (Garrido, Martínez y Mora, 2020).

Junto a ello, estamos asistiendo a un debate sobre cuáles son las principales causas de la declinación de la democracia española –en un esquema similar al que afecta a los regímenes liberales de nuestro entorno– (V-Dem Institute, 2021), intentando entender cómo han interactuado entre sí y por qué se ha producido una paulatina degradación del sistema político y la erosión de algunas de las bases institucionales del mismo: la corrupción en los partidos, la crisis del Estado autonómico y el crecimiento del sentimiento independentista en Cataluña, la crítica al sistema electoral, el debate sobre la monarquía, la deslegitimación del Tribunal Constitucional, etcétera. Hay factores de la crisis por el lado de la demanda y existe una cierta evidencia empírica que permite concluir que se está produciendo un significativo *gap* generacional en la valoración de algunas instituciones. En cuanto a los factores por el lado de la oferta, el surgimiento de partidos populistas en España está siguiendo pautas de comportamiento similares al de otros países, en un contexto de gran debate internacional sobre el retroceso (*backsliding*) y la desconsolidación de las democracias contemporáneas (Mounk, 2018; Norris e Inglehart, 2019).

Este fenómeno, como se ha señalado, está presente en todo occidente. Las sucesivas olas transicionales originaron un escenario en la que el número de regímenes democráticos era muy significativo. Pese a ello, la proporción de países no democráticos en 2020 es la más alta en los últimos 15 años (Freedom House, 2021) y los que cuentan con democracias consolidadas se han enfrentado a significativas dificultades en los últimos tiempos. Nos encontramos, por tanto, en un escenario internacional caracterizado por un menor número de países democráticos y por las sucesivas crisis que azotan a las democracias representativas.

Es esta una cuestión que ha orientado el interés de un gran número de académicos. No es solo que las predicciones más optimistas sobre la extensión de la democracia hayan mostrado sus limitaciones. Se trata de entender las tensiones, parece en ocasiones que irresolubles, que los países occidentales enfrentan en su acontecer político. Es por ello especialmente relevante la apertura de líneas de investigación que, además de las clásicas, intenten responder a estas cuestiones.

Un gran número de investigaciones interesadas en explicar estos fenómenos se han orientado por los canales tradicionales en la Ciencia Política. Así, en nuestro país, los estudios han analizado el funcionamiento de variables

institucionales como el factor esencial para explicar la crisis de la democracia. También se han focalizado en establecer la relación entre economía y política. En este sentido han vinculado la crisis del tipo de régimen como un efecto del ciclo económico de forma tal que las sucesivas oleadas negativas de la economía, aunado a la pandemia, sería la explicación de la crisis sistémica de la democracia.

Estudios más recientes, siguiendo los modelos aplicados en otros países, plantean introducir otro tipo de aspectos que nos ayuden a entender mejor el escenario de crisis política. En este campo han de incluirse los estudios sobre polarización afectiva que, desde los trabajos seminales referidos a Estados Unidos, se están realizando en otras latitudes, bien como estudios de caso bien como análisis comparados.

La pregunta inicial a la que, desde distintas ópticas, se intenta responder es hasta qué punto la polarización afectiva está relacionada, positiva o negativamente, con la confianza en las instituciones y, por ende, con el sistema democrático en su conjunto. En este trabajo se conceptualiza el término de polarización ya que, habida cuenta de su reciente uso, son varias las interpretaciones, y por tanto alternativas a su forma de medición, presentes en la literatura.

1. Un escenario emergente

La brecha argentina, la división social y política que enfrenta a kirchneristas y los antikirchneristas, es una manifestación muy conocida de fuertes antagonismos políticos con consecuencias sociales complejas, debido a la intensa polarización que implican¹. En España, el ex presidente Felipe González, aludiendo al caso argentino, afirmó en 2019 sentirse incómodo «porque estamos abriendo nuestra propia grieta» (Agencia EFE, 2019) con el paso de un imperfecto bipartidismo a un más imperfecto «bloquismo». Pero los ejemplos de este tipo de grieta no se limitan a Argentina o España, sino que diferentes brechas políticas, con sus correspondientes fracturas políticas, sociales y mediáticas se han abierto en muchas otras democracias modernas como Estados Unidos, Brasil, Colombia, Chile, Polonia, Hungría, etcétera.

Una reciente línea de investigación se centra en analizar la relación entre polarización afectiva y democracia en una tendencia que ha llevado a algunos estudiosos a acuñar los conceptos de «democracias polarizadas» y de «hipocresía democrática» (Abramowitz y McCoy, 2019; Lauka, McCoy y Firat, 2018; McCoy, Simonovits y Littvay, 2020; McCoy y Somer, 2019). Estos estudios relacionan directamente el incremento de la polarización con la disminución de la confianza social y política. Esta puesta en cuestión de la confianza está provocando, entre otros fenómenos, una fuerte remodelación de la vida política y social en Occidente (Uslaner, 2018).

1. Un artículo sobre literatura básica de confianza social y política para el estudio de la «grieta» en Argentina se puede consultar en: http://sedici.unlp.edu.ar/bitstream/handle/10915/96441/Documento_completo.pdf-PDFA.pdf?sequence=1&isAllowed=y (páginas 7 a 9).

La política en la mayoría de las democracias occidentales, especialmente en los Estados Unidos, ha estado marcada por una creciente polarización entre los partidos políticos. Esto ha llevado a afirmar que el incremento de la hostilidad de los partidarios de una formación política hacia el partido contrario es una variable que ayuda a explicar el crecimiento de la desconfianza política: «las personas generalmente no están dispuestas a confiar en las personas e instituciones que no les gustan... La polarización de la confianza dificulta la obtención de soporte para la aprobación de las políticas» (Hetherington y Rudolph, 2015). Algunos de los trabajos clásicos de la Ciencia Política incidían en la relevancia que tenía el análisis de las identidades estables de los individuos y el peso de la identificación partidista (Lipset y Rokkan, 1967).

La idea de la pertenencia, o identificación, de un individuo con un grupo implica necesariamente la diferenciación de otro grupo distinto (Huddy *et al.*, 2015). Pero esta cuestión era percibida y estudiada como una dimensión funcional al propio sistema democrático. Sin embargo, ahora no es considerada de tal manera. Al contrario, es visualizada como potencialmente disfuncional de forma tal que puede llegar a ser precursora de una crisis potencial de confianza y llegar a visualizarse como uno de los temas críticos de nuestro tiempo. Se percibe que los ciudadanos y las élites privilegian sus identidades y preferencias antes que la defensa de los elementos indisolubles del liberalismo político tal como el diálogo y el respeto por las diferencias. El adversario pasa, así, a ser considerado enemigo y responsable de todos los problemas del país. Hay, por tanto, que acabar con él como un mecanismo para justificar la supervivencia de lo que consideran aceptable en su manera particular de entender la democracia y la nación.

Nos encontramos, por tanto, en escenarios que, cada vez más, se caracterizan por la no disposición de los ciudadanos a sacrificar sus inclinaciones ideológicas en aras de lograr un bien común (Hetherington y Rudolph, 2015). Como resultado, los líderes políticos luchan por obtener apoyo para programas gubernamentales en un entorno en el que la confianza política está polarizada. Y ello provocado, por un lado, por el rechazo de los electores a los votantes del resto de partidos. Por otro, debido a que los simpatizantes de cada partido tienden a percibir su mundo de forma mucho más negativa cuando su formación política no detenta el poder. Su juicio, y su razonamiento, está fundamentado en una información procesada de manera sesgada y que les conduce, inexorablemente, a su conclusión preferida. En términos generales, es un modo de pensar sesgado que permite a las personas ver el mundo, incluido el político, como desean verlo y que se extiende a todos los ámbitos de la vida del individuo. Esto contribuye, a juicio de los investigadores, a la mencionada disfunción democrática, hipocresía democrática, y puede socavar las bases de las democracias contemporáneas (Ivengar *et al.*, 2019; McCoy y Somer, 2019).

La relevancia de la temática ha generado una bibliografía emergente construida entorno a los conceptos de identificación partidista negativa, polarización afectiva, hipocresía democrática, etcétera. El carácter aún incipiente y tentativo de algunos de estos planteamientos convierte en relevante la propuesta de delimitar el concepto teórico. Esta es la cuestión en la que se centrarán las siguientes páginas.

2. Una propuesta operativa

Siempre ha existido una percepción crítica de los adversarios políticos. Sin embargo, ésta se ha incrementado también en España, y está provocando una brecha que está presente en un gran número de países situándonos en escenarios de democracias muy polarizadas. En estos contextos de antagonismo radical y de creciente intolerancia e intransigencia, los simpatizantes de cada partido niegan legitimidad a los rivales, considerándolos más como enemigos que como adversarios y contemplándolos como unos arribistas y usurpadores del poder que provocarán una catástrofe irreversible con sus amenazadoras políticas. Este proceso, agudizado por el efecto de burbuja o de cámara de eco de las redes sociales y los grupos de chats, convierte en tóxico el debate político, al llegar a contemplar, incluso, a los oponentes como enemigos de la democracia. Esta percepción muy crítica con los rivales políticos se acaba por trasladar a los medios de comunicación y a distintos ámbitos sociales, en el entorno del trabajo, las celebraciones familiares o las reuniones de amistades, de manera que se produce un afianzamiento identitario social alrededor de los antagonismos políticos que dificultan, incluso, la convivencia, porque esta brecha separa a familiares, amigos, compañeros de trabajo, parejas, etcétera.

Este es el contexto, pero ¿qué puede ser conceptualizado como brecha? Sin duda la complejidad y aristas de este concepto hace que debamos aproximarnos a su conceptualización a partir de varios escenarios. Como una primera aproximación, entendemos por brecha política al proceso de agudización de los antagonismos y de fractura de los ciudadanos de un país en dos grandes partidos (en los sistemas bipartidistas) o en dos grandes frentes, bloques o grupos de partidos (en sistemas multipartidistas), en virtud del cual los votantes de un determinado partido, o bloque, no solo rechazan votar al partido o a los partidos opuestos sino que, además, perciben a sus líderes, y a sus votantes, con animadversión y desconfianza y tienen impresiones falsas sobre las creencias y opiniones de los votantes de estos partidos a los que consideran adversarios.

Esta conceptualización de la brecha política en las modernas democracias combina tres dimensiones que aluden a la identidad, a la percepción y a la polarización, como tres elementos o características definitorias de las mismas. Nuestra definición operativa de las brechas políticas en las actuales sociedades democráticas, por tanto, es multidimensional en varios niveles considerando estas fracturas como el desarrollo simultáneo de tres tipos de brechas que convergen: una brecha de identificación, una brecha de percepción y una brecha de polarización.

Partidismo negativo: en las sociedades con brecha política tienden a generarse procesos de partidismo negativo, entendidos estos como electores que presentan un claro rechazo a votar a determinados partidos, a pesar de no presentar identidades o lealtades relevantes hacia otros partidos. En este sentido, es importante distinguir el partidismo negativo de la polarización afectiva. Mientras que el partidismo negativo está vinculado a la propensión de voto, la identidad o adhesión se sitúan en el plano identitario y más vinculado con las emociones. Por tanto, el partidismo negativo no proporciona información de las brechas o distancias entre comunidades políticas, sino

que exclusivamente informa de la existencia de partidos que experimentan un fuerte rechazo entre los electores, con independencia de que los electores que rechazan manifiesten identidades hacia otros partidos políticos.

Brecha de percepción: desde el punto de vista de la percepción, los votantes de los principales partidos desarrollan impresiones falsas sobre las opiniones de los votantes de los otros partidos. De esta forma los distintos electorados tienen una percepción errónea entre sí sobre los valores y preferencias de los adversarios. Esa distorsión en las percepciones de la posición que tienen los demás respecto a diferentes temas del debate público podría ser un potenciador, a su vez, de la brecha de percepción y de polarización. La distancia real en los posicionamientos de los distintos electorados no es tan relevante como la distancia en cómo éstos se perciben mutuamente.

Brecha de polarización: desde el punto de vista de la polarización, las democracias con una brecha política tienden a experimentar procesos de polarización en un doble sentido. En primer lugar, polarización ideológica (*ideological polarisation*) definida a partir de cuánto están alejados entre sí los electorados de los diferentes partidos políticos. En segundo lugar, polarización afectiva (*affective polarisation*) que implica la existencia de una animadversión y desconfianza creciente de los electores con lealtades políticas definidas respecto a las comunidades conformadas en torno a los partidos rivales, generándose animadversión y rechazo a votantes y líderes partidistas adversarios. Desde una perspectiva de identidad social, por ejemplo en Estados Unidos, la polarización afectiva es la tendencia de los que se identifican como republicanos o demócratas a ver a los oponentes partidarios negativamente y a los copartidarios positivamente (Iyengar y Westwood, 2015).

En términos de Abramowitz y Webster (2016: 21), la polarización afectiva implica que «a una proporción creciente» de votantes «les disgusta más el partido opositor de lo que les gusta su propio partido». Esto nos sitúa en escenarios en los que los ciudadanos están más preocupados por lo que piensan sobre los demás que lo que constituye sus propias creencias centrales. Los estudios establecen que, cuando las personas se polarizan afectivamente, se produce una reacción a la amenaza, la ira y la fuerza de toda una cohorte de identidades que están cada vez más superpuestas. La capacidad de respuesta del electorado se ve afectada cuando los ciudadanos participan en políticas impulsadas por el espíritu de equipo (Mason, 2016). De ahí la creciente atención académica hacia fenómenos como la polarización afectiva, aquella en la que los individuos acaban generando una aversión personal hacia los que no profesan sus mismas inclinaciones políticas.

Si esto persiste en el tiempo, es capaz de suscitar realineamientos partidarios e ideológicos en la sociedad y creciente animosidad hacia el bando opuesto en personas con una fuerte identidad partidaria (Mason, 2015). Si los medios transmiten, en forma consistente y duradera, la imagen de una sociedad políticamente enfrentada, el público puede creer en ella y desarrollar sentimientos muy negativos hacia el partido, o bloque, opuesto al propio (Levendusky y Malhotra, 2016).

El incremento del interés en esta temática, como se ha precisado, es la constatación de que la polarización afectiva puede, también, erosionar la

voluntad de los ciudadanos de comprometerse con puntos de vista políticos opuestos, de aceptar la democracia cuando son otros los que gobiernan y en última instancia, incluso peligran la aceptación de la propia derrota en las elecciones (Hetherington y Rudolph 2015).

3. Un acercamiento metodológico

Además de desarrollar el concepto es relevante avanzar en cómo este podría ser medido. Se plantea una modelización sin cerrar habida cuenta, como se ha referido reiteradamente, que es este un concepto en construcción. Se establece, por tanto, más un esquema de análisis –para cada una de las brechas conceptualizadas– por el que avanzar que un corpus metodológico cerrado y plenamente construido.

En el caso de la «brecha de identificación», en los últimos años, han ido aumentando paulatinamente los estudios sobre el partidismo negativo, hasta el punto de convertirse en un paradigma del análisis político para explicar la situación en distintos países, como Estados Unidos, Canadá y varias naciones europeas (Abramowitz y McCoy, 2019; Rogowski y Sutherland, 2016; Wagner y Meyer, 2015). Esta literatura ha proliferado también en el marco de los estudios electorales tradicionales (Abramowitz y Webster, 2016; Bankert, Huddy y Rosema, 2017) y en ámbitos como la sociología o la psicología (Rogowski y Sutherland, 2016).

La brecha en el ámbito de la percepción puede comprobarse mediante tests de percepción y posicionamiento y midiendo el «*gap* de percepción» (*perception gap*) entre lo que los electores de unos partidos creen que piensan los votantes de otros partidos y cómo estos piensan en realidad. A diferencia de las brechas de identificación y polarización, los análisis han sido, en cambio, muy escasos en relación con esta brecha de percepción. Sin embargo, algunos estudios previos, que buscan aproximarse al estudio de lo que denominan creencias de segundo orden, es decir, lo que la gente piensa que otros piensan, ya han abordado esta cuestión (Yudkin, Hawkins y Dixon, 2019).

En el caso concreto de la Encuesta Nacional de Polarización Política elaborada por el Grupo Especial de Investigación CEMOP de la Universidad de Murcia, se ha desplegado un cuestionario cerrado que incorpora los principales avances en el campo de la medición de estos fenómenos. El énfasis se ha puesto en el estudio de la brecha de percepción y la brecha de polarización (afectiva e ideológica), puesto que la dimensión restante, asociada al partidismo negativo, sí se encuentra incorporada de una manera estandarizada y con largo recorrido longitudinal en los estudios de opinión del Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS).

En el caso de la encuesta diseñada e implementada *ad hoc* para este monográfico, además de otras muchas variables claves para entender esta complejidad, como el consumo de diferentes espacios informativos o las clásicas preguntas de identidad territorial, autoubicación ideológica y de ubicación de otros partidos en la escala izquierda/derecha, se recoge el mapa de adhe-

siones y rechazos de los distintos electorados al conjunto de partidos políticos relevantes del sistema español, con la siguiente formulación:

En España existen diversos partidos políticos que representan las distintas sensibilidades de la población. En una escala del 0 al 10, donde 0 significa que respecto a ese partido tiene sentimientos de «antipatía y rechazo» y 10 significa que tiene sentimientos de «simpatía y adhesión», ¿cuáles son sus sentimientos respecto de los siguientes partidos políticos que le voy a nombrar?

También, se han captado los sentimientos de antipatía y simpatía hacia las principales élites partidistas:

De nuevo usando una escala del 0 al 10, donde 0 representa sentimientos de «antipatía y rechazo» y 10 sentimientos de «simpatía y adhesión», ¿cuáles son sus sentimientos respecto de estos líderes políticos?

Para el abordaje de la brecha de percepción se ha realizado una adaptación de los escasos intentos de medición presentes en la literatura norteamericana, incorporando cuatro de los principales temas o *issues* de confrontación política nacional: la inmigración, el aborto, la violencia de género y los símbolos nacionales, interrogados bajo la siguiente formulación:

A continuación, voy a leerle una serie de temas sobre los que le pediría, por favor, que indicara en una escala de 0 a 10, en primer lugar, su posición sobre los mismos, y, en segunda lugar, cuál es la posición que cree que tienen los votantes de los siguientes partidos.

Por otro lado, también han sido importantes los avances recientes en el estudio de la «brecha de polarización», que se había estudiado convencionalmente mediante los clásicos indicadores de distancia ideológica en las escalas espaciales de autoubicación y percepción posicional izquierda/derecha, en el caso de la polarización ideológica. Sin embargo, recientemente, ha ido adquiriendo un mayor relieve otro aspecto distinto de esta brecha, la polarización afectiva. Al igual que en el caso de los estudios sobre *negative partisanship*, también son cada vez más numerosas las investigaciones centradas en el fenómeno de la polarización, principalmente originadas en Estados Unidos (Hetherington y Rudolph, 2015 y 2018; Iyengar y Krupenkin, 2018; Iyengar y Westwood, 2015; Lelkes *et al.*, 2017; Levendusky, 2018; Mason, 2015, 2016; Rogowski y Sutherland, 2016; Klein, 2020). La medición de la polarización afectiva es la que más propuestas tiene habida cuenta de que es la más estudiada, especialmente en el contexto norteamericano (Iyengar *et al.*, 2012; Levendusky y Malhotra, 2016; Lelkes *et al.*, 2017; Iyengar y Westwood, 2015).

También, recientemente, se han comenzado a extender a los sistemas multipartidistas europeos (Gidron, Adams y Horne, 2018, 2020; Reiljan, 2020; Westwood *et al.*, 2018). En los estudios de opinión pública, es habitual medir la polarización afectiva a partir de los sentimientos y la confianza que los votantes de unos partidos expresan sobre los líderes políticos y los votan-

tes de los partidos rivales, pero otras aproximaciones a través de medidas implícitas y de medidas de comportamiento se han comenzado a desarrollar (Druckman y Levendusky, 2019; Iyengar *et al.*, 2012; Iyengar y Westwood, 2015; Lelkes, 2016; Lelkes *et al.*, 2017; Levendusky, 2018).

El análisis a fondo de otros componentes de la brecha política, como el estudio más detallado en España de la brecha de identificación, permitiría también identificar subtipos de brechas. Así, es posible considerar que la brecha de identidad y el partidismo negativo se desarrollan de modo independiente a la evolución de la identificación positiva de los votantes, que pueden tener, simultáneamente, altas o bajas tasas de identificación positiva con los partidos políticos. Y, además, esas líneas de investigación deben inexorablemente estar contextualizadas con el escenario de importante desencanto social con la política y el proceso político (Norris, 2000). Es esta, como se ha referido de forma reiterada, una tendencia compartida por muchos sistemas democráticos donde acontece otro fenómeno que hay que considerar, como es el creciente desalineamiento partidista (Dalton, McAllister y Wattenberg, 2002).

En los países de América Latina, como Argentina o Guatemala, por ejemplo, suelen presentarse altas tasas de identificación negativa combinadas con bajas tasas de identificación positiva. En España, un caso en el que la identidad partidista es baja, la identificación tiende a ser de carácter ideológico, lo que sugiere que la brecha política pudiera tener, más bien, una base más ideológica que partidista y un contenido más emocional que programático (Iyengar *et al.*, 2019).

En otros países europeos con brecha política, en cambio, encontramos altas tasas de identificación positiva y negativa de forma combinada. Ello genera distintos tipos de brechas, en función de esta diferente combinación de las identidades partidistas, tanto positivas como negativas. La identificación del tipo de brecha política desarrollada en los últimos años en España sería una contribución de relieve para la comprensión del fenómeno y también para una más adecuada delimitación de sus causas, objeto principal de los trabajos que se presentan en este número.

Otro de los propósitos relevantes que debe guiar los estudios es profundizar en el análisis de las relaciones entre las distintas dimensiones o componentes de la brecha política. De hecho, en relación con la brecha de polarización, los estudios realizados (Kalin y Sambanis, 2018) apuntan a que un cierto grado o nivel de identificación partidista, o con un bloque de partidos, es una condición previa para la polarización. La identificación partidista, desde la perspectiva de la polarización política, se transforma, prácticamente, en una identidad social, en el proceso de construcción de una brecha política y/o democrática, de manera que los grupos de partidarios tienden a desarrollar sesgos y estereotipos negativos hacia los partidarios de otras formaciones políticas rivales (Kalin y Sambanis, 2018) afianzando o reforzando comportamientos de favoritismo de grupo.

Por supuesto que una de las preguntas nodales de todos los estudios se refiere a cuáles son las causas de esta extensión de la brecha en sus tres dimensiones una vez que se ha constatado que el fenómeno está presente en un gran número de democracias. Aquí, evidentemente, también las explicacio-

nes son exploratorias y marcan caminos analíticos por recorrer. En términos generales, en cuanto a las causas de la aparición de estas brechas políticas, se ha apuntado a distintos factores.

En primer lugar, estas brechas parecen ser producto de los efectos de la comunicación política, y sus diferentes tipos, que se produce durante las campañas electorales sobre los electores. Así, algunos estudios sobre polarización afectiva han subrayado la relación entre polarización y campañas (Hernández, Anduiza y Rico, 2020; Iyengar, Sood y Lelkes, 2012; Sood e Iyengar, 2016). En la misma línea se ha insistido en la fuerte incidencia que las campañas tienen sobre la brecha de identificación ya que se tiene a profundizar el partidismo negativo (Michelitch y Utych, 2018).

En segundo lugar, los estudios destacan como estas brechas son fruto de una creciente exposición de los ciudadanos a los encuadres conflictivos de los medios de comunicación. Los conocidos efectos de *framing* y *priming* en comunicación política, la facilidad que proporcionan las TIC para la creación de pseudo informaciones, el creciente uso de *fakes news* serían todos factores a considerar como variables factibles de estar contribuyendo a un incremento de la brecha política.

Este factor parece afectar, según algunos estudios, a la brecha de percepción, ya que los ciudadanos que más noticias consumen tienen una percepción más errónea de los adversarios (Levendusky, 2013; Yudkin, Hawkins y Dixon, 2019). Sin embargo, no hay un consenso académico al respecto, puesto que algunos investigadores sostienen que la relación es inversa y que son las personas más polarizadas las que consumen más noticias (Arcenaux y Johnson, 2013).

Un factor, también presente en los estudios más recientes, es el consumo de medios digitales y la participación en redes sociales como factores causales del surgimiento de estas brechas políticas. El proceso de antagonismo radical y de intransigencia entre los votantes de partidos rivales, característico de estas brechas, se ha visto agudizado por el efecto de burbuja, o de cámara de eco, de las redes sociales y los grupos de chats, que tienden a constituir «comunidades digitales» como grupos estancos y de escasa capilaridad, que convierten en tóxico el debate político, al llegar a contemplar, incluso, a los oponentes como enemigos de la democracia (Lelkes *et al.*, 2017; Törnberg, 2018). Sin embargo, tampoco hay un consenso académico en este ámbito, ya que algunos investigadores sostienen que la polarización ha aumentado más en los menos propensos al uso de redes sociales y medios digitales (Boxell *et al.*, 2017).

Concluimos este trabajo insistiendo en la relevancia del estudio de la polarización para el devenir de las democracias, al mismo tiempo que reiteramos la necesidad de conocer mejor, mediante nuevas investigaciones, la relación entre brecha y democracia.

Referencias bibliográficas

- Abramowitz, A. y McCoy, J. (2019): «United States: Racial Resentment, Negative Partisanship, and Polarization in Trump's America». *The Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 681(1): 137-156.
- Abramowitz, A. I. y Webster, S. (2016): «The rise of negative partisanship and the nationalization of U.S. elections in the 21st century». *Electoral Studies*, 41: 12-22. doi: 10.1016/j.electstud.2015.11.001
- Agencia Efe (2019): «Felipe González: estoy incómodo porque España está abriendo su propia grieta». Recuperado de: <https://www.efe.com/efe/espana/politica/felipe-gonzalez-estoy-incomodo-porque-espana-esta-abriendo-su-propia-grieta/10002-4121832>
- Arcenaux, K. y Johnson, M. (2013): *Changing Minds or Changing Channels? Partisan News in an Age of Choice*. Chicago: University of Chicago Press.
- Bankert, A.; Huddy, L. y Rosema, M. (2017): «Measuring partisanship as a social identity in multiparty systems». *Political behaviour*, 39 (1): 103-132.
- Boxell, L.; Gentzkow, M. y Shapiro, J. M. (2017): «Greater Internet Use is Not Associated with Faster Growth in Political Polarization Among U.S. Demographic Groups». *Proceedings of the National Academy of Sciences*, 114: 10612-10617.
- Dalton, R. J.; McAllister, I. y Wattenberg, M. P. (2002): «The consequences of partisan dealignments». En R. J. Dalton y M. P. Wattenberg (eds.): *Parties without Partisans. Political Change in Advanced Industrial Democracies*. Oxford: Oxford UP.
- Druckman, J. N.; Klar, S.; Krupnikov, Y.; Levendusky, M. S. y Barry Ryan, J. (2019): *The Illusion of Affective Polarization* (working paper): Institute for Policy Research (Northwestern). Recuperado de: <https://www.ipr.northwestern.edu/our-work/working-papers/2019/wp-19-25.html>
- Druckman, J. N. y Levendusky, M. S. (2019): «What do we measure when we measure affective polarization?». *Public Opinion Quarterly*, 83(1): 114-122.
- Garrido, A.; Martínez, M. A. y Mora, A. (2020): «Monarquía y opinión pública en España durante la crisis: el desempeño de una institución no responsable bajo estrés». *Revista Española de Ciencia Política*, 52: 121-145. doi: 10.21308/recp.52.05
- Gidron N.; Adams, J. y Horne, W. (2018): *How Ideology, Economics and Institutions Shape Affective Polarization in Democratic Polities*. APSA Annual Meeting (working paper). Boston: American Political Science Association.
- Gidron, N.; Adams, J. y Horne, W. (2019): «Toward a comparative research agenda on affective polarization in mass publics». *APSA Comparative Politics Newsletter*, XXIX(1): 30-36.
- Hernández, E.; Anduiza, E. y Rico, G. (2020): Affective polarization and the salience of elections. *Electoral Studies*, 69. Recuperado de: <https://www.sciencedirect.com/science/article/abs/pii/S026137942030086X?via%3Dihub>. doi: 10.1016/j.electstud.2020.102203
- Hetherington, M. J. y Rudolph, T. J. (2015): *Why Washington won't work*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Hetherington, M. J. y Rudolph, T. J. (2018): «Political Trust and Polarization». En E. Uslaner (ed.): *The Oxford Handbook of Social and Political Trust*. doi: 10.1093/oxfordhb/9780190274801.001.0001.
- Huddy, L.; Mason, L. y Aarøe, L. (2015): «Expressive Partisanship: Campaign Involvement, Political Emotion, and Partisan Identity». *American Political Science Review*, 109(1): 1-17.

- Iyengar S.; Sood, G. y Lelkes, Y. (2012): «Affect, not ideology: a social identity perspective on polarization». *Public Opinion Quarterly*, 76(3): 405-431.
- Iyengar, S. y Westwood, S. J. (2015): «Fear and loathing across party lines: New evidence on group polarization». *American Journal of Political Science*, 59(3): 690-707.
- Iyengar, S. y Krupenkin, M. (2018): «Partisanship as Social Identity; Implications for the Study of Party Polarization». *The Forum*, 16(1): 23-45.
- Iyengar, S.; Lelkes, Y.; Levendusky, M.; Malhotra, N. y Westwood, S. J. (2019): «The Origins and Consequences of Affective Polarization in the United States». *Annual Review of Political Science*, 22: 129-146.
- Kalin, M. y Sambanis, N. (2018): «How to think about social identity». *Annual Review of Political Science*, 21: 239-257.
- Klein, E. (2020): *Why we're polarized*. Londres: Profile Books.
- Lauka, A.; McCoy, J. y Firat, R. B. (2018): «Mass partisan polarization: measuring a relational concept». *American Behavioral Scientist*, 62(1): 107-126.
- Lelkes, Y. (2016): «Mass polarization: manifestations and measurements». *Public Opinion Quarterly*, 80(1): 392-410.
- Lelkes, Y.; Sood, G. e Iyengar, S. (2017): «The hostile audience: The effect of access to broadband internet on partisan affect». *American Journal of Political Science*, 61(1): 5-20.
- Levendusky, M. S. (2013): «Partisan media exposure and attitudes toward the opposition». *Political Commun*, 30(4): 565-81.
- Levendusky, M. S. (2018): «Americans, not partisans: Can priming American national identity reduce affective polarization?» *The Journal of Politics*, 80(1): 59-70.
- Levendusky, M. S. y Malhotra, N. (2016): «Does media coverage of partisan polarization affect political attitudes?» *Political Commun*, 33(2): 283-301.
- Lipset, S. M. y Rokkan, S. (1967): *Party Systems and Voter Alignments: Cross-National Perspectives*. New York: Free Press.
- Lupu, N. (2015): «Party polarization and mass partisanship: a comparative perspective». *Political Behavior*, 37(2): 331-356.
- Mason, L. (2015): «I disrespectfully agree: the differential effects of partisan sorting on social and issue polarization». *American Journal of Political Science*, 59(1): 128-145.
- Mason, L. (2016): «A Cross-Cutting Calm: How Social Sorting Drives Affective Polarization». *Public Opinion Quarterly*, 80(1): 351-377.
- McCoy, J. y Simonotivs, G. (2020): «Democratic hypocrisy: Polarized citizens support democracy-eroding behavior when their own party is in power» (working paper). APSA Annual Meeting.
- McCoy, J. y Somer, M. (2019): «Toward a theory of pernicious polarization and how it harms democracies: comparative evidence and possible remedies». *The Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 681(1): 234-271.
- Michelitch, K. y Utych, S. (2018): «Electoral cycle fluctuations in partisanship: global evidence from eighty-six countries». *The Journal of Politics*, 80(2): 412-427.
- Mounk, Y. (2018): *The people vs. democracy. Why our freedom is in danger & how to save it*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press.

- Norris, P. e Inglehart, R. (2019): *Cultural Backlash. Trump, Brexit, and Authoritarian Populism*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Norris, P. (2000): *The impact of televisión on civic malaise*. En R. Putman y S. Pharr. *Disaffected Democracies*. Princeton: Princeton UP.
- Reiljan, A. (2020): «'Fear and loathing across party lines' (also) in Europe: affective polarisation in European party systems». *European Journal of Political Research*, 59(2): 376-396.
- Rogowski, J. C. y Sutherland, J. L. (2016): «How ideology fuels affective polarization». *Political Behaviour*, 38(2): 485-508.
- Törnberg, P. (2018): «Echo chambers and viral misinformation: Modeling fake news as complex contagion». *Plos One*, 13(9). doi: 10.1371/journal.pone.0203958
- Uslaner, E. (2018): *The Oxford Handbook of Social and Political Trust*. doi: 10.1093/oxfordhb/9780190274801.001.0001.
- V-Dem Institute (2021): *Autocratization Turns Viral*. Democracy Report. University of Gothenburg. Recuperado de: https://www.v-dem.net/media/filer_public/74/8c/748c68ad-f224-4cd7-87f9-8794add5c60f/dr_2021_updated.pdf
- Westwood, S. J.; Iyengar, S.; Malhotra, N.; Lelkes, Y. y Levendusky, M. (2018): «The origins and consequences of affective polarization in the United States». *Annual Review of Political Science*, 22(1): 129-146.
- Westwood, S. J.; Iyengar, S.; Walgrave, S.; Leonisio, R.; Miller, L. y Strijbis, O. (2018): «The tie that divides: cross-national evidence of the primacy of partyism». *European Journal of Political Research*, 57(2): 333-354.
- Yudkin, D. A.; Hawkins, S. y Dixon, T. (2019): *The Perception Gap: How False Impressions are Pulling Americans Apart*. Nueva York: More in Common.